



Oliván Fernando, (2018). *Antropología de las formas políticas de Occidente*. Escolar y Mayo, 352 pp.

*Nos proponemos una osadía: mirar el hecho político desde el ser animal de nuestra condición humana. Por eso no nos sirven las propuestas de la ciencia política, demasiado tributaria del humanismo. Sin embargo, compensamos nuestra osadía con la humildad de nuestras premisas: la mirada ingenua sobre los detalles”*

Fernando Oliván, el autor de esta obra, comienza así un trabajo de más de 350 páginas y en el que, como dijo el filósofo Gabriel Albiac comentando su anterior obra *NUEVA TEORÍA POLÍTICA*, “*el lector acaba la lectura con la certeza de haberse las visto con una obra sólida, con una obra que posee vida propia*”

Estamos, por lo tanto, como nos manifiesta el autor, en la segunda parte de un proyecto teórico que anuncia, incluso, un tercer volumen, es decir, un proyecto que se concibe como una obra magna, una verdadera osadía, como el propio Oliván confiesa en esa nota introductoria, absolutamente imprescindible para comprender las dimensiones del proyecto. La obra nace, así, con el propósito de repensar el hecho político desde las bases antropológicas más radicales.

La realidad es que la comunidad científica actual no nos tiene acostumbrados, ni mucho menos, a proyectos de semejante envergadura. La ciencia, los trabajos científicos, incluso en dominios con una cierta vocación de abstractos como pueden ser la filosofía o la teoría política -de ambas cosas trata este libro- se ha convertido en la actualidad en un raquíptico juego de referencias cruzadas, una escolástica desarrollada en artículos cada vez más escuetos y solo empeñados en ese fatuo reconocimiento de un mundo endogámico y cerrado. Frente a ese raquitismo, este proyecto teórico nos sacude con una verdadera voluntad de ruptura. Con una cierta ingenuidad, no carente de malicia, el autor lo proclama en el último apartado del libro y que él mismo define como “nota bibliográfica”. No espere aquí el lector un listado de obras ordenado según criterios más o menos técnicos, en este caso nos encontramos ante otro, aunque breve, capítulo del libro, un capítulo, con un fuerte contenido doctrinal donde se vuelve a profundizar en las tesis desarrolladas a lo largo de su escritura: “*Como hicimos en Nueva Teoría Política -nos dice el autor-, esta obra obvia el aparato crítico que reclaman los uso académicos y lo obvia justamente porque lo entiende obvio;:: está ahí, nadie trabaja desde la nada, la competencia ex nihilo solo le fue dada al Creador”*

En el párrafo siguiente, incluso, nos aporta una nueva clave de lectura, retomando el concepto de “*Semiosfera*” del gran lingüista soviético Mijail Bajtin. Personalmente me permitiría añadir otra idea que no anda lejos de la mente del autor ni de las características de la obra, esa inquietante figura con la que nos interpela Juan de Salisbury: “*somos enanos en los hombros de gigantes*”, proclamando su veneración hacia los clásicos. Por eso, más que bibliografía, como nos propone el propio autor,

estamos ante los compañeros de viaje, esas lecturas que constituyen el universo referencial sobre el que germina el trabajo.

Pero retornemos a la centralidad de la obra, ¿En qué consiste este libro? Para responder a esta pregunta es necesario adentrarnos en una lectura integral del texto. Y a ello animo al lector. Ya desde el título se formaliza una verdadera declaración de principios, estamos ante una antropología. Una antropología centrada en el hecho político. Pero una antropología que no se queda en esa superficialidad que analiza el comportamiento de unos sujetos propuestos por el consenso teórico actual. Esta antropología pretende levantarse desde el límite, es decir, desde un mítico grado cero de la condición humana. Estamos ante una verdadera exploración de los fundamentos mismos de la política desarrollada en las raíces profundas de nuestro ser biológico. En definitiva, la obra se interroga sobre la esencia de lo comunitario en su consideración política, en ese punto de tránsito entre la animalidad del simio que fuimos y la realidad humana del ser social que somos hoy día. Aún podemos afinar más en la radicalidad a la que nos afronta la obra, tal y como anota el propio autor, el trabajo se instala sobre ese simio que fuimos pero que todavía somos. La tesis de Oliván es que esa conformación como humanos de la que hoy presumimos no es más que ese conjunto de apéndices simbólicos que articulan la especialidad que nos convierte en una especie distinta. Mero *homo symbolicus*. Ni más ni menos.

*ANTROPOLOGIA DE LAS FORMAS POLITICAS* lo que nos dice es que, en esa semiosfera también habitan las formas políticas. Es decir, la política es parte de ese lenguaje que nos convierte en humanos. Y aquí ya nos lanza en primer reto interpretativo: si es la política la que nos hace hombres, el concepto “política” tuvo que desarrollarse incluso antes de la propia condición humana. La estructura institucional tiene, por lo tanto, que radicar en la naturaleza animal que constituye nuestro ser biológico.

Plantear este proyecto antropológico, en ese grado cero de la humanidad, parecería entrañar un arduo trabajo arqueológico. Sin embargo, esta es otra de las apuestas que nos hace este libro, esa realidad, ese antiquísimo grado cero, no está necesariamente enterrado, oculto bajo toneladas de tierra y polvo, al contrario, esa realidad sigue ahí, en la inmediatez de nuestro ser. Con una bella metáfora nos lo explica el mismo autor en esa nota introductoria. Es el símil del teatro chinesco de sombras: *“Propongo una metáfora, la del teatro chinesco de sombras. La narración se desenvuelve desde las sombras que se proyectan sobre la pantalla. Mero juego, pero suficiente para que terminemos creyendonos la historia. Incapaces de ver las tablas, los objetos, las caras de los actores, solo apreciamos los contornos que proyecta la luz...”*

Ahora bien, si toda esa realidad sigue ahí, el trabajo deja de ser, por lo tanto, arqueológico, estamos más bien, ante un trabajo policial, la búsqueda de esos hechos ocultos más por el disimulo de unos sospechosos empeñados en hacernos olvidar su crimen. El mito, la literatura, el arte, es decir, todo ese aparato simbólico, la semiosfera que comentábamos, constituye un material no solo disponible para el investigador sino meridianamente abierto. Solo nos toca leerlo e interpretarlo. De ahí esa metáfora del teatro chinesco. Lo que se interpone entre nosotros y la realidad de lo que sucede en el escenario no es ninguna barrera material y opaca, sino simple y llanamente el velo de la sombra, es decir, la etérea sustancia de los símbolos. Aquel mono del que partimos sigue ahí, a duras penas oculto en esa selva de signos y mitos sobre los que hemos levantado el macro aparato de la política.

De esta manera, a través de quince capítulos se desarrolla un intenso viaje. Un viaje místico en no pocos casos, como lo fue también el viaje de Ulises recorriendo un mar cuya realidad se esconde bajo los mitos fundacionales de nuestra cultura. También aquí hay una constante que atraviesa el relato, si en la Odisea es ese ideal de una Ítaca a la que terminamos sin saber si verdaderamente se anhela regresar, aquí no es otro que la idea de “representación”. Huizinga define al hombre como “*homo ludens*”. Oliván incrementa la apuesta y, frente a esa voluntad de goce que destila esa idea, aquí el concepto de juego se presenta como mucho más concreto, articulando el concepto en la específica función representativa. Jugar, *jouer*, como nos recuerda la lengua francesa. El mundo como teatro, pero también el teatro como mundo. La denominación de los capítulos nos lo aclara, los conceptos y epígrafes comunes a la teoría política -estado, guerra, instituciones, sociedad civil, etc. – se entremezclan con otros que necesariamente nos remiten a esa interpretación en la escena: “estética”, “actores”, “discurso”, “poética”, etc.

La interpretación de la fiesta, la idea de poder como flujo, la institucionalidad de la guerra, de todo ello el libro nos propone una lectura nueva y, a veces, inquietante. Pongo un ejemplo. El heroísmo militar, nos dice, es el proceso de educación para enseñarnos, no a morir -esto lo sabe hacer cualquier animal en el marco de la defensa de su prole-, sino a matar, a matar a esos que son de la misma especie. Ahí es donde está lo verdaderamente humano. Somos humanos gracias a ese aprendizaje en el asesinato. Lo que nos hace humanos no es esa bondad meliflua que predicán los apóstoles de la ética sino esa capacidad de violencia que somos capaces de elevar hasta el holocausto.

En conclusión, el libro se presenta como un chorro de luz que, con la voluntad de romper el hechizo de los juegos teatrales en ese teatro de sombras, nos propone ver la naturaleza tal y como es, apreciar la inconsistente, pero poderosísima, nube de símbolos que nos cubre como humanos. Como atrevidamente dice parafraseando la conciencia ordinaria, “*es el bosque el que nos impide ver los árboles*”.

Mohammed DAHIRI  
Universidad Complutense de Madrid